

# Revisión Retrospectiva de Novelas Venezolanas

## III

### Casas Muertas, de Miguel Otero Silva (\*)

Miguel Otero-Silva tiene el mérito singular, no frecuente en la actual literatura venezolana, de desempeñarse con igual soltura y acierto en el campo de la prosa y en el de la poesía. Baste citar, como prueba elocuente de su inspiración y su dominio de la expresión poética, la generosa y emocionada **Elegía Coral a Andrés Bello Blanco**, aparecida en 1959. Hace veinte años publicó su primera novela **Fiebre**, bien conocida del público y de la crítica.

Desde su mocedad estudiantil universitaria, en los años finales de la dictadura gomecista (1928) orienta su labor cultural de escritor, con viva preocupación, hacia todo lo típicamente venezolano. Las experiencias de su propia vida, en contacto directo con nuestro medio; su agudo sentido de captación de hechos y pormenores; y su dominio de un estilo fácil, expresivo y vivaz, lo han capacitado para abordar, con tino y seguridad, la tarea de escribir obras de ficción.

Estas características aparecen con claro relieve en las páginas de **Casas Muertas**. Libro de tan sugestiva lectura, que solo ofrece el reparo de la casi enjuta brevedad de sus escasas ciento cincuenta páginas de texto. Gran virtud literaria la del escritor que logra que al final de su libro el lector lamente que ya se ha terminado.

#### Argumento de la obra

El autor sitúa el escenario de la acción novelística a la entrada de nuestros llanos centrales, concretamente de nuestros llanos guariqueños, en la población de Ortiz.

No es la vida, un día opulenta, del llano, ni siquiera la vida de un típico pueblo llanero, lo que el novelista nos hace presenciar. No como mero escenario, sino como la parte sustancial del propio tema novelístico.

Por paradoja bien lograda, esa consunción y agonía general de un pueblo arrasado por la enfermedad y el abandono, y a punto casi de extinguirse; ese espectro de la muerte que afianza sus tentáculos inmisericordes en todo; eso es lo que constituye precisamente la vida de la novela. El tema no podía ofrecerse más angustioso y tétrico. Y aun diríamos sin redención. Casi "kafkiano". Ya el título lo anunciaba con vigoroso y conciso laconismo: **Casas Muertas**. Y en verdad el libro, que se abre con la lúgubre descripción minuciosa de un enterramiento, se cierra así mismo con el más desolador de los párrafos, síntesis de los estertores finales de lo que definitivamente se acaba, rubricados por aquel triple "¡Qué espanto!", con que abandonan el pueblo tres de los pocos actores de la escena que han logrado sobrevivir al desastre general.

Y sin embargo, el autor, verdadero artista que sabe trabajar la greda del dolor, hace que ésta le sirva para la creación de un obra que,

(\*) Esta novela obtuvo el Premio "Aristides Rojas" en 1955; y el Premio Nacional de Literatura (prosa) del bienio 1955-1956.

a pesar de su sombrío y doliente contenido, no deja una impresión absoluta de pesimismo en el lector. Porque de tal manera ha conjugado y matizado los elementos de la acción humana y aun de la narración que en casi todas las páginas salta el toque emotivo y alentador, y la oportuna pincelada descriptiva, que alivian y hasta compensan, a veces, el desarrollo de un relato lleno de inevitables amarguras. Ello nos prueba que el novelista no se ha ocupado del tema con la mera actitud fría del cronista o simple narrador de hechos, ni menos del escritor como de oficio, que descubre una veta explotable; y que tanto le interesa en cuanto sirve de pábulo a su pluma. Aquí el escritor se ha acercado con íntima simpatía y sinceridad, cual de buen samaritano, a observar y sentir lo que pasa en una porción —no por pequeña, menos importante— del conglomerado social, en una etapa lamentable de nuestra vida pública. Dos flagelos: dictadura política y miseria sanitaria, bajo el reinado de la endemia malárica, sepultan en su secuela de horrores a una de tantas poblaciones venezolanas, que un día fueron teatro de laboriosidad y de riqueza ganadera en sus campos, no menos que de esplendor cívico en la estructura de sus bien construídas casas, y en la conducta honrada de sus habitantes. Ahora Ortiz se reducía lentamente a un deforme esqueleto. Así la contempla por última vez el personaje Carmen Rosa, ya en viaje definitivo de salida para Oriente: "Sus ojos veían desfilar las familiares casas en escombros: la de dos pisos, como tronchada por el mandoble de un gigante; la de los blancos frisos anidados de plantas salvajes en los boquerones de las grietas; la de la hermosa puerta de cedro que solo conducía a un corralón arenoso y hurafío...

#### Humanismo

Mas, en medio a un escenario natural y humano más de muerte que de vida; más de sombras que de luces; más de abatimiento que de esperanza, Otero Silva no se dejó arrebatar por el delirio de lo macabro. Allí, en aquel medio de tantos horrores espirituales y materiales, su mirada comprensiva, y su sentido humano y humanista, y su simpatía patriótica, hallaron tema y manera para hacer una obra sana y original. Y aun, para sorpresa del lector, hasta amena. Y sin predominio alguno del tema cacareado y abusado "tremendísimo" de algunos novelistas contemporáneos.

Como tal vez lo sugiera ya el título, **Casas Muertas** es una novela cuyo protagonista es en realidad el pueblo mismo de Ortiz. Y de entre el conglomerado humano y del medio material que lo constituyen, el novelista escoje unos cuantos personajes y motivos, que destaquen y completen —como figuras y adornos en un retablo barroco— la realidad del propio retablo que es el pueblo.

Eso viene a ser Carmen Rosa y Sebastián, Berenice y Olegario, El Padre Pernía y el viejo Cartaya; no menos que los árboles, las flores y los pájaros; y hasta el mismo coronel Cubillos, al acecho en su Jefatura Civil, como el simbólico y repulsivo basilisco con que los tallistas completaban a veces algún ángulo de sus elaboradas entalladuras.

Pero todo el conjunto presenta tal armonía de proporciones, que revela en su autor una capacidad de síntesis y a la vez de expresión creadora, que son decisivas para un buen efecto novelístico. Tras de esa labor previa de la disposición y trama del asunto, de los episodios, y

de las figuras y motivos actuantes, viene a vivificarlo todo y a echarlo a andar, la prosa sencilla, a tono con el ambiente popular del relato, a veces suelta y juguetona; a veces sombría y dramática; siempre ágil y expresiva, con un bien timbrado acento criollo en los pasajes que especialmente lo requieren.

Quizás algún lector podría desear que la obra tuviese una trama y estructura más compleja, con un argumento también más conciso, que requiriese a la vez un volumen mayor de trabajo y de páginas, para así catalogarla sin reparo entre nuestras "grandes" novelas. A nuestro entender **Casas Muertas**, como está, es una verdadera novela, y bien lograda, dentro del plan —un poco limitado, sin duda— que el autor se trazó. Predomina, es cierto, el corte de relato anovelado, sin un argumento único, centrado en el juego de las pasiones humanas.

También es verdad que parte del argumento gira levemente en torno a los dolorosos y frustrados amores de Carmen Rosa y Sebastián. Pero entrelazados a ese leve argumento, aparecen con especial relieve el dramático relato del encrecimiento del horrible azote de la hematuria; y el episodio de los estudiantes que pasan por Ortiz camino del campo de concentración de Palenque.

Sin embargo, no olvidemos, según se apuntó más arriba, que **Casas Muertas** es ante todo una semblanza real y realista, o una como "mancha" impresionista de la agonía de un pueblo donde la incuria política y sanitaria del régimen dictatorial de hace treinta años, permitió que asentara sus reales el fatídico anofeles. Ese es el verdadero argumento; y ahí está la explicación de esa como falta de cohesión argumental que alguien podría señalar.

#### Personajes

Pero no cabe ignorar que la categoría de novela está sobradamente salvada por la creación y presencia de unos cuantos personajes bien bosquejados, todos ellos de innegable y viva extracción criolla; por el juego natural e interesante de la acción entre esos personajes, y su cabal expresión hablada; y finalmente por la manera concisa y atinadamente artística de incorporar al relato, así como al desgare, acá y allá, esos toques descriptivos de flora y fauna típicamente venezolanos. Pinceladas éstas, que no son mero adorno accidental metido en el relato; que tienen vida a una con el resto de la acción y de los personajes, y sirven para iluminar o suavizar muchos momentos de aquella vasta desolación humana y material.

Son docenas esas rápidas alusiones a flores, árboles, pájaros, etc., del llano, que con sus colores, sus frondas y sus cantos completan a cada paso el conjunto ambiental del relato. Arrendajos y turpiales; gonzalitos y paraulatas; la paloma montaraz y los alcaravanes y aguitacaminos, y por supuesto el gallo corraleño y madrugador, cruzan a cada rato la escena, sirviendo a la vez para la creación de expresivas formas literarias.

Y otro tanto ocurre con la presencia de la flora típica de la región. Cuando amanecía, la luz "comenzaba a enredarse en la ramazón del cotoperí", y en cambio "un oscuro silencio se extendía desde el anochecer sobre los samanes y robles de la plaza". Con la llegada de las lluvias, el bosque cercano se "salpicaba de pascuas moradas"; y "el bucare florecido moteaba de grama el anchuroso verdor del cafetal". Un recuerdo doloroso le punzaba el corazón al viejo Cartaya "con la saña del naragato"; el jovencito

Celestino, enamorado de Carmen Rosa, para verla al salir de la escuela, se plantaba en la esquina "estirado y soportando el sol como un cardón"; y cuando cayó víctima de la fiebre tenía la propia estética lo exige, dada la índole sana el rostro "encendido como la flor de la cayena". Y la hermana de uno de los estudiantes presos en Palenque "era una espiga luminosa, una alta-nera venadita rubia, una hermosa muchacha con algo de lucero... Al mirar se llenaba de luz el patio. Al sonreír, se desvanecían los trazos arisocráticos del perfil, borrados por una dulce sencillez de maíz tierno". Del inválido Don Casimiro, honorable cabeza de la familia Villena, padre de Carmen Rosa, le recordaba a ésta el viejo Cartaya: "Tu padre era recto como el tronco del tamarindo".

#### Carácter venezolano

Pero donde la pluma creadora de Otero Silva ha mostrado su acierto y cariño por lo venezolano, es en la escogencia y presentación de lo más valioso que hay y abunda en nuestra tierra: su gente. Gran espíritu de novelista nacional tiene quien sabe buscar personajes para su obra, no precisamente —como tantas veces, por desdicha, lo hemos visto— de entre los deshechos morales de nuestra humana escoria, sino de entre lo sano, sufrido, generoso y abnegado, que es lo más y lo representativo de nuestras comunidades de una y otra región.

Pocas veces hemos tropezado en nuestras novelas con ese tipo de mujer tan valiosa como modesta, tan ejemplar como sacrificada, que en esta novela se llama Berenice, y es la maestra de escuela; pero maestra de verdad, menos en el sentido que hoy se diría friamente técnico, sino en el sentido más comprensivo y humano del vocablo. La señorita Berenice era maestra y consejera y aun madre de todo el que la necesitara. "Era una mujer pálida de una pulcritud impresionante, siempre olorosa a jabón y a agua del río, siempre recién bañada y vestida de blanco. Cuando el pelo rubio comenzó a encanecer y, más aún, cuando encaneció totalmente, Berenice fue adquiriendo visos de lirio, de nube, de velero". "Su vida era un pequeño territorio que limitaba por todas partes con la escuela y con las matas de guayaba. Unas guayabas grandes como peras, de carne blanca y agridulce, que la señorita Berenice defendía heroicamente del sol y del viento, de la lluvia y de los pájaros, pero no de sus discípulas". Esa gracia externa era el mejor símbolo de la armoniosa bondad y discreción interna del alma de la maestra.

¡Cuántas Berenices ha habido y hay aún en los pueblos venezolanos, que en soledad y olvido, por solo amor de Dios, de la Patria y del prójimo, han sido y son guardadoras y maestras de las más sanas enseñanzas cristianas, morales y cívicas de muchos de nuestros humildes conciudadanos! ¡Cuántas ejemplarísimas novelas y biografías de tales mujeres podrían acreditar la pluma de nuestros escritores!

Carmen Rosa, la muchacha bonita e inteligente de Ortiz, la casi protagonista de la novela, hija de un hogar honrado, sencillo y laborioso y educada además a la sombra benéfica de la maestra Berenice, es personaje que difunde su simpatía, no menos que su discreción, por muchas páginas. Ni enteca ni alborotada, es la flor natural y atractiva de un pueblo sufrido y creyente. Carmen Rosa se enamora. El sanote y altivo parapatreño Sebastián, es el galán que la corteja, algo bruscamente, pero con sinceridad y buenas intenciones. Un momento hay de impru-

dente peligro para la virtud de la joven. La escena en manos de otro escritor quizás habría caído en el vulgar estupro animalésco. Otero Silva es artista, y no escribe para regodeo fácil de lectores picarescos. En sus manos, la escena sin perder el sentido frágil de lo humano, se detiene donde de los personajes y de toda la novela. La tragedia final —comienzo y fin de la novela— ocurre cuando el noviazgo se trunca al caer Sebastián victimado en pocos días por la hematuria.

Figura benévola, que se mueve con entereza por entre las gentes y sucesos de la afligida población es su parroco el Padre Pernía. Ejemplar, campechano, un poco basto en la corteza, pero siempre sacerdotal y buen pastor de sus ovejas, le da ocasión al autor para anotarse a su favor un buen punto, como intérprete objetivo de la abnegación y generosidad que saben prodigar los parrocos de nuestros pueblos, precisamente cuando más arrecia la tribulación de sus feligreses. El Padre Pernía estaba en todo, y con todos se llevaba bien, hasta con el viejo masón de Cartaya, que en realidad casi no tenía de tal sino su chancara y el purito por sostener su filiación a la logia de Ortiz, una de las tantas logias que proliferaron en nuestras poblaciones llaneras. Dos momentos hay en los que el autor muestra cómo, bajo la sotana del sencillo Pernía, se ocultaba toda la firmeza y decisión del hombre que no esquiva afrontar lo que juzga un deber. Uno fue, cuando no seguro de las intenciones de Sebastián en sus amores con Carmen Rosa, aborda de frente al mozo y lo precisa con energía a que se las diga. Al escuchar la respuesta cortante, pero sincera, con que Sebastián afirma su honrado propósito de casarse, el Padre, aun cuando se da por satisfecho, le añade: "Pero tengo que advertirte una cosa. El padre de esa muchacha está enfermo. Tampoco tiene hermanos que den la cara por ella..." Sebastián le interrumpe reafirmando que su intención es casarse. Pero el Padre añade con impasible serenidad ante el tono recio de las palabras del joven: "Nunca está demás un por si acaso. Y yo quería advertirte que si por una casualidad no son esas tus intenciones, yo estoy dispuesto a quitarme la sotana y a meterte cuatro tiros". Claro está que el Padre Pernía nunca hubiera hecho tal cosa; pero quiso que le constara al joven que Carmen Rosa no estaba desamparada.

El otro caso fue cuando el valentón jefe civil Cubillos encarceló, en la forma más vil e injusta, para darlo a Palenque, al mozo Pericote. Todos los vecinos rabian indignados por el atropello; pero todos callan por temor a las represalias. "Tan solo el Padre Pernía se atrevió a visitar a Cubillos en la Jefatura". Hizo lo que pudo, con valentía; y sufrió el desplante grosero de que Cubillos, sin dejarle hablar, le volviera la espalda.

Hasta la figura lastimosa de Petra Socorro, la mujercita de la vida pública, lejos de servirle al autor para cebarse en su miseria, más bien le da ocasión para destacar, con sentida comprensión, los rasgos de humano esfuerzo y decisión de aquel ser que busca levantarse del fango.

Con estos y algunos otros personajes de diversa índole, pero todos de auténtica extracción criolla, reflejo de la vida orticeña, hace Otero Silva el diseño humano, sencillo al par que dramático, de aquel pueblo que se está muriendo. Y en todo ello, episodios y personajes, escenas

y descripción, se descubre una unidad de acción generalmente bien lograda, o al menos bien motivada. Decimos esto último porque, si bien pasajes tan típicos como la pelea de gallos y la procesión de Santa Rosa (en el cap. V), como la fiesta de las bodas de Panchito y Marta, o como el terrible capítulo "Hematuria", brotan espontáneamente de la vida misma del pueblo; en cambio el episodio del paso de los estudiantes presos para Palenque (cap. VII), es un incidente ajeno, en realidad, al resto del relato; aunque con motivación real e incorporado adecuadamente al mismo relato.

#### Sobriedad literaria

Empero todo en la novela está contado y dialogado con justa sobriedad literaria.

Nada está pasando de punto, o sobrehecho. De aquí que pocas páginas bastaran al autor para su trabajo. Otros novelistas quizás habrían empleado el doble, para contar lo mismo, aunque tal vez sin mejorar el resultado.

Y no obstante esa concisión del plan, y esa sobriedad en la forma, llama la atención del lector y del crítico el dominio y acierto con que le brotan a Otero Silva las más felices expresiones a veces gráficas o realistas, a veces poéticas, y todas de gran sentido humanista. Son como de aquel arte literario del que fueron maestros insuperados los grandes autores clásicos de la antigüedad. Homero, por ejemplo. Mucho de asimilado sediento clásico parece descubrirnos el autor de *Casas Muertas*.

Allá, en el entierro de Sebastián, vemos que al mocetón Celestino, que carga la urna del amigo "dos lágrimas de hombre le bajaban por los pómulos angulosos". Al regreso del cementerio las gentes caminaban, nos dice, "al paso lento de los que no quieren llegar adonde van". En el jardín de Carmen Rosa nos pinta los helechos "alineados como banderas verdes en el pretil, los más gozosos a la hora de beber ávidamente el agua cotidiana". Cuando el arpista Epifanio yace en su catre tumbado por la fiebre lo vemos acompañado de su arpa "que callaba agazapado en un rincón" hacia donde el enfermo dirige sus últimas miradas agónicas.

Concluamos con una sugestión y un deseo. Ortiz fue hace treinta años lo que nos cuenta *Casas Muertas*. Pero, con todo, no llegó a extinguirse. La misericordiosa y efectiva obra sanitaria de la Dirección de Malariología llegó a tiempo para rescatar aquel pueblo, como tantos otros, del aguijón exterminador de los anofeles. Nuevas corrientes de vida humana entraron luego a repoblar y restaurar su ruinosa estructura. El censo actual de sus habitantes ha vuelto a marcar desde hace varios lustros un crecimiento alentador. Hoy hay un nuevo Ortiz, sobre los restos heroicos de la pasada tragedia. Este nuevo Ortiz, continuidad ininterrumpida del primero, espera a Otero Silva para que le escriba la segunda parte de su biografía. Ahora hay *casas vivas*. Y si cuando solo había muerte y desolación, el novelista halló tema para tan humana novela; ahora que hay vida por fuerza habrá de encontrar Berenices y Sebastianes y Pernías, y arrendajos y cotoperies que brinden inspiración a su venezolanísima pluma. ¿Por qué no pensar en una vuelta de Carmen Rosa desde Oriente, como símbolo de la mujer que nunca olvidó a su patria chica?

PEDRO P. BARNOLA, S. J.